

Entre debates, resonancias y horizontes: una reflexión analítica y vivida sobre el VII Encuentro Intercongresual de Sociología del Trabajo (UCLM, 25-26 de septiembre)

Sandra López Fernández

Departamento de Filosofía, Antropología, Sociología y Estética. Universidad de Castilla-La Mancha (UCLM)



<https://dx.doi.org/10.5209/stra.106407>

Nunca he creído que los encuentros académicos fueran simples eventos en un calendario. Siempre he pensado que, si se mira con atención, el verdadero latido de una disciplina se reconoce en esos momentos: cuando las investigadoras y los investigadores se reúnen, cuando se cruzan miradas en los pasillos, cuando alguien presenta una idea que incomoda o inspira, cuando una conversación a media mañana desordena lo que creíamos saber. Por eso el VII Encuentro Intercongresual del Comité de Sociología del Trabajo, celebrado en Albacete los días 25 y 26 de septiembre, no fue solo una reunión más del Comité, sino una invitación a pensar de nuevo, con otros y desde otros lugares, el mundo del trabajo.

La Facultad de Relaciones Laborales y Recursos Humanos nos recibió con ese aire de campus donde la vida académica y la vida cotidiana se mezclan sin estridencias. Frente a su entrada, una luz suave de finales de septiembre anunciaba el inicio de las sesiones. El encuentro, tenía un doble propósito: fomentar el intercambio de conocimientos sobre las dinámicas sociales del trabajo y fortalecer las redes de colaboración entre investigadoras e investigadores de distintas regiones. Sin embargo, para quienes trabajamos desde la sociología del trabajo en español, y particularmente desde las Ciencias Sociales de Castilla-La Mancha, el encuentro significaba algo más: un gesto de reconocimiento a un territorio que no siempre ocupa los grandes titulares académicos y que, sin embargo, sostiene una larga tradición de reflexión crítica sobre el trabajo, sus desigualdades y sus transformaciones.

En ese sentido, el congreso supuso un avance simbólico y material para la Sociología del Trabajo en castellano. Reunir en Albacete a voces tan diversas permitió mostrar que el campo no solo tiene vigor teórico, sino capacidad para renovar sus enfoques y conectar con problemáticas contemporáneas: el empleo digital, las plataformas, los cuidados, las resistencias laborales, las grietas del trabajo universitario. Fue una confirmación de que la sociología del trabajo sigue siendo un espacio intelectual federador, capaz de pensar colectivamente desde distintas geografías y lenguajes.

La inauguración institucional marcó ese tono. En la mesa estaban el vicerrector de Política Científica, Ricardo Cuevas; el decano de la Facultad, Pablo Olivos; y la presidenta del Comité, Paloma Moré Corral. Sus palabras dibujaron un marco donde la universidad regional y la comunidad sociológica nacional se encontraban en un diálogo fructífero. No se trataba solo de inaugurar un encuentro: se trataba de posicionar a Castilla-La Mancha como un territorio que piensa el trabajo con profundidad y con vocación crítica.

Pero el verdadero punto de inflexión llegó con la conferencia inaugural de Lucila Finkel, directora general de Nuevas Formas de Empleo del Ministerio de Trabajo y Economía Social. Para la sociología del trabajo en español, que ella inaugurase el evento no fue solo un honor: fue una declaración de intenciones. Su intervención “Las nuevas formas de empleo y los cambios en el mundo del trabajo” fue una pieza brillante que enlazaba lo académico con lo institucional, la teoría con la regulación, la investigación con la política pública.

Finkel habló de lo que está cambiando, sí, pero también de lo que aún no sabemos nombrar. Señaló que los algoritmos no solo organizan tareas: reconfiguran vínculos laborales. Recordó que las plataformas no solo generan empleo flexible: transforman la noción misma de empleo. Insistió en que el futuro del trabajo es una disputa, y que la sociología tiene un papel esencial en esa disputa: aportar categorías nuevas, sensibilidad empírica, mirada estructural. Para quienes investigamos desde contextos periféricos, escuchar a una figura institucional como ella fue un impulso y una confirmación: nuestras preguntas importan, nuestros territorios importan, nuestros estudios importan.

Tras su intervención, las mesas temáticas desplegaron un mosaico de investigaciones que, a pesar de su diversidad, parecían responder a algunas intuiciones compartidas: que el trabajo no puede entenderse sin atender a las subjetividades que lo habitan; que la precariedad es una estructura, no un accidente; que la digitalización no solo reorganiza tareas, sino identidades; que el empleo ya no garantiza estabilidad vital; que resistir puede ser un acto pequeño, casi imperceptible, pero no por ello menos transformador.

En la mesa sobre trayectorias laborales se habló del desajuste entre expectativas y realidad, del desencanto de jóvenes que no logran encajar su formación con sus posibilidades de empleo. En la mesa

sobre procesos productivos apareció de nuevo la noción de control algorítmico, una suerte de vigilancia invisible que produce ansiedad y disciplina. En la mesa sobre plataformas digitales, el diagnóstico fue contundente: la opacidad se ha convertido en una forma de dominio.

Me conmovió especialmente la mesa sobre subjetividades y resistencias. Hubo quien habló de gestos mínimos, solidarios, casi clandestinos. Hubo quien contó cómo los trabajadores reconstruyen su autoestima laboral en medio del desgaste. Hubo quien mostró que la resistencia ya no se articula siempre en formatos clásicos, sino en hilos dispersos que, a veces, ni siquiera se reconocen como resistencia.

Pero si hubo un momento inesperado y revelador fue la mesa redonda, dedicada al movimiento cooperativo en la industria agroalimentaria, con Francisco Seseña, Elías Olmeda, Andrés Pedreño y Joaquín Rubio. Pocas veces en un congreso de sociología he visto un diálogo tan natural entre quienes piensan el trabajo y quienes lo sostienen día a día en cooperativas, cultivos, industrias y cadenas agroalimentarias. Lo sorprendente no fue el desacuerdo —que lo hubo— sino la forma en que se escuchaban unos a otros. Los cooperativistas hablaban desde la urgencia práctica; los académicos, desde el análisis estructural. Y, sin embargo, el hilo conductor era el mismo: cómo garantizar condiciones laborales dignas en un sector sometido a tensiones globales. Aquella conversación híbrida, a ratos áspera y a ratos reveladora, fue un ejemplo de lo que puede ocurrir cuando la sociología no habla sola, cuando dialoga con la vida real del trabajo. Resultaba casi simbólico que, mientras debatíamos el presente y el futuro del trabajo desde la sociología, en otra sala del mismo edificio se reuniera la cúpula de CCOO. Dos mundos que a veces parecen distantes —la investigación y la acción sindical— respiraban el mismo aire, compartían pasillos, se cruzaban en las máquinas de café. Ese paralelismo no pasó inadvertido: recordaba que el trabajo no se analiza en abstracto, sino en una conversación continua entre teoría y práctica, entre instituciones y cuerpos, entre diagnósticos y luchas. Hubo algo profundamente significativo en que este encuentro tuviera lugar en una universidad que muchos, desde los grandes centros académicos, consideran periférica. Pero fue precisamente esa “periferia” la que permitió iluminar temas esenciales de la disciplina desde perspectivas menos hegemónicas. El debate sobre cooperativas, tan central en la sociología del trabajo, solo adquiere toda su densidad cuando se piensa *aquí*, donde los actores cooperativos conviven con el territorio y los sociólogos dialogan con ellos sin mediaciones. Estos encuentros no solo refuerzan la visibilidad del área en Castilla-La Mancha; recuerdan, además, que el conocimiento más fértil suele brotar en los márgenes, en esos lugares donde la teoría se encuentra con la vida concreta.

Por la tarde, la visita al Museo Municipal de la Cuchillería añadió una dimensión simbólica inesperada. Caminar entre herramientas, materiales y formas de trabajo que han perdurado siglos fue como recibir un recordatorio silencioso: el trabajo cambia, sí, pero siempre deja huella. Y las sociedades que olvidan sus oficios pierden también parte de su memoria.

El encuentro concluyó con el anuncio de los Premios a las mejores comunicaciones, que días más tarde (con difíciles deliberaciones por parte del comité) fueron otorgados a Luis Garrido-Sánchez y Erik Dueñas-Rello, y a Paula González León. No puedo dejar de señalar la calidad de sus trabajos, de ahí esta reseña. Sus investigaciones —una sobre el conflicto en las industrias culturales, la otra sobre los límites del teletrabajo para las mujeres cuidadoras— eran, a mi entender, la síntesis perfecta del espíritu del encuentro: rigor, sensibilidad social, perspectiva crítica.

Y así, entre análisis, pasillos, cafés y discusiones, el encuentro fue acercándose a su fin. Pero toda crónica quedaría incompleta si no insinuara, siquiera de forma ligera, ese otro momento que no figuraba en el programa y que revela la dimensión más humana del comité. Hubo, al caer la noche, un rato de convivencia espontánea en un local de la ciudad, donde algunas voces —habitualmente dedicadas al debate académico— encontraron un registro distinto, más lúdico y despreocupado. En aquellos compases improvisados descubrí que la sociología, además de interpretar el mundo, también sabe acompañarse a ritmos informales, sostener armonías fugaces y celebrar la compañía, incluso cuando las melodías no salen perfectas. También confirmé algo que intuía desde hace años: que la comunidad del grupo —sus espacios de sociabilidad, sus conversaciones informales, su forma de acogida— no es un complemento a la vida científica, sino una parte fundamental de ella. Estos vínculos, construidos con tiempo y complicidad, no solo generan bienestar humano; crean las condiciones para que florezcan las ideas. Rebajan, aunque sea un poco, el peso de las jerarquías; animan a formular hipótesis incipientes; permiten reconocer dudas, miedos y vacíos metodológicos sin sentir vergüenza. Y tal vez por eso los momentos académicos más brillantes del encuentro nacieron ahí, en esa red de confianza que sostiene lo visible y también lo que apenas empieza a tomar forma. Quizá, en el fondo, el congreso terminó allí donde comienzan las mejores comunidades: en un gesto compartido que desarma las jerarquías, afloja las tensiones del día y recuerda que, pese a la incertidumbre que atraviesa el trabajo contemporáneo, siempre queda un espacio—aunque sea por unos minutos—la alegría de estar juntas pensando el trabajo.

A veces pienso que este encuentro también fue, para mí, una forma de medir los límites y posibilidades de la vida académica cuando se materna. Mientras lo organizaba, mi hija acababa de nacer; cuando llegó septiembre, apenas tenía seis meses. Llevar adelante un congreso en medio de noches interrumpidas, pañales, tomas y un cuerpo aun habitando la transición entre el embarazo y el regreso al ritmo universitario fue un ejercicio de equilibrio tan frágil como necesario. Hubo días en que el cansancio parecía incompatible con la lucidez que exige la academia y, sin embargo, en ese proceso comprendí que pensar el trabajo desde la sociología también implica mirar el nuestro, el de quienes conciliamos a contracorriente. Quizá por eso, mientras el encuentro avanzaba, sentí una gratitud particular: la de saber que, incluso en un campo donde la exigencia es constante, hay espacios —estos encuentros, estas redes, estas conversaciones— que nos sostienen mientras intentamos sostenerlo todo. Que solas no podemos, pero bien acompañadas sí.